

ROBERTO MONTOYA

Chiapas: el regreso de Zapata en tiempos del NAFTA

La revuelta iniciada el pasado enero por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas (México) no ha podido sorprender al Presidente Carlos Salinas de Gortari, conocedor de las condiciones de extrema pobreza y explotación semifeudal de buena parte del territorio de su país. Unas condiciones que han intentado ser ocultadas tras una fachada exterior de pretendido progreso y estabilidad para, entre otras cosas, no hacer peligrar la firma del tratado de libre comercio con EE UU. Tras semanas de represión salvaje e indiscriminada, el Presidente mexicano se ha visto forzado a negociar para conservar una imagen de gobierno progresista en un año en que su partido, el PRI, se enfrenta a unas elecciones cruciales. Los resultados del alzamiento indígena de Chiapas pueden convertirse en un espejo para otros movimientos.

La fecha elegida por los rebeldes zapatistas para salir de la selva Lacandona y ocupar por la fuerza los pueblos de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas, en el sur del estado de Chiapas, cercanos a la frontera con Guatemala, no fue casual. Pretendían aprovechar la atención mundial concitada por la entrada en vigor del NAFTA (North American Free Trade Agreement) –un acuerdo de integración económica entre tres países, que suman 360 millones de consumidores– para dar a conocer sus reivindicaciones.

“Al pueblo no nos gusta la guerra, no queremos ver sangre, pero se nos ha impuesto una guerra no declarada; por eso hemos tenido que tomar las armas”, declaraba el sub-comandante “Marcos”, principal cabeza visible del EZLN, aunque subordinado a la dirección colegiada rebelde, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI).

Roberto Montoya es periodista, jefe de la sección Internacional del diario *El Mundo*.

Los zapatistas resumían así, en un comunicado firmado el 6 de enero, dirigido “al pueblo de México, a los pueblos y gobiernos del mundo”, las razones que les decidieron a esa insurrección desesperada, con sus escopetas de caza, carabinas 22 y fusiles de madera con machetes de monte atados a su cañón, cual bayonetas caladas: “Durante estos 10 años –período en el que habrían acumulado fuerzas y armamento para la rebelión– han muerto más de 150.000 de nuestros hermanos indígenas por enfermedades curables. Los planes económicos y sociales de los gobiernos federal, estatal y municipal no contemplan ninguna solución real a nuestros problemas y se limitan a darnos limosnas cada tanto que hay elecciones”.

Miembros del Gobierno de Salinas de Gortari, –que inicialmente respondió a los rebeldes con bombardeos aéreos indiscriminados en pueblos de la selva, matando a cientos de personas, masificando la tortura de los sospechosos– calificaron la insurrección de “ataque al progreso”.

El sarcasmo no podía ser mayor. De los 111 municipios de la región de Chiapas, 94 responden a los criterios de alta o muy alta pobreza. En todo México se calcula que hay 20 millones de personas –de un total de 80 millones de habitantes– que se encuentran en estado de pobreza extrema, o lo que es lo mismo, que no tienen garantizada su supervivencia. El 80% de la población de Chiapas carece de electricidad. La mayoría de los indígenas que allí viven, el 30% de los dos millones de habitantes del estado, es analfabeta. El 40% no habla castellano. A pesar de los grandes proyectos del NAFTA, que se supone podrán mover más de 6 billones de dólares anuales, no se prevé ninguna mejoría para bolsas de pobreza gigantescas como la de esta región.

En la última década, México aplicó una política de ajuste que, a nivel macroeconómico, produjo evidentemente grandes progresos. Los expertos aseguran que con la nueva zona de libre comercio, una de las mayores del mundo, México podrá alcanzar una tasa de crecimiento de hasta un 9% –para este año está previsto el 3%–. Pero este período de *boom*, de superávit presupuestario sin precedentes, de incremento de las reservas nacionales, se logró a costa de aumentar hasta el 18% el número de parados; de provocar el abandono del país de casi tres millones más de personas; y de aumentar los anillos de pobreza alrededor de las grandes ciudades.

En uno de los países con más número de multimillonarios, el Gobierno no da ninguna solución a los más de dos millones de campesinos e indígenas –buena parte de ellos chiapanecos– que se verán seriamente perjudicados a partir de ahora por la importación, libre de aranceles, de maíz norteamericano. Salinas de Gortari ha desoído también las denuncias de los ecologistas sobre los graves perjuicios medioambientales que provocarán muchas de las industrias contaminantes que EE UU prevé desplazar a este país. Sin embargo, en regiones como Chiapas, el Ejército federal mexicano cobra fuertes multas y encarcela a los indígenas que talan árboles para calentarse, hacer sus casas, o simplemente para sembrar lo único que saben en esa región con los medios que tienen: el maíz, precisamente. Al mismo tiempo, en esas mismas zonas, las multinacionales madereras arrasan anualmente miles de hectáreas de bosque.

“La estrategia económica solamente es posible con un programa social consolidado”. Esta no es una frase sacada de un comunicado zapatista. Son declaraciones textuales hechas por Carlos Salinas de Gortari en una de las sesiones de trabajo de la III Cumbre Iberoamericana, celebrada del 13 al 16 de julio de 1993 en San Salvador de Bahía, Brasil.

Esa declaración le ha vuelto como un *boomerang* poco más de cinco meses más tarde, el pasado 1 de enero. El presidente no ignoraba la situación de Chiapas, uno de los lugares donde los latifundistas, al amparo de los caciques locales del Partido Revolucionario Institucional (PRI, en el poder hace siete décadas) imponían sus propias leyes semif feudales a los indígenas, a los que despojaron de sus tierras y derechos más elementales.

Aunque la opinión pública mundial descubrió de un día para otro la existencia de una guerrilla –los zapatistas rechazan esa etiqueta, prefieren ser revolucionarios a secas– con fuerte implantación social, en un país que pretende ser aceptado en el Primer Mundo, al presidente no le sorprendió ni un ápice. Ya durante los fastos por la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, fueron miles los indígenas mexicanos que se manifestaron públicamente para protestar por su histórica postergación; para mostrar la hipocresía de esos multimillonarios gastos al lado de su desesperada lucha por la supervivencia; para reclamar también que se reflejara en algo práctico la celebración, también en 1993, del Año de los Pueblos Indígenas.

Bombardeos silenciados

En mayo del año pasado, la prensa mexicana –el diario *La Jornada*, concretamente– informó de los enfrentamientos armados habidos entre el Ejército y grupos de indígenas en los altos de Chiapas. Días y días duraron los bombardeos aéreos contra misérrimos pueblos esparcidos por las montañas. Nunca se dio cuenta oficialmente de lo sucedido ni del número de bajas producidas. Cerca de 2.000 soldados intervinieron en las operaciones, apoyados por las “guardias blancas” de los terratenientes de la zona. La combativa revista mexicana *El Proceso* y el periódico *El Tiempo* revelaron también el nombre de varios de los oficiales del Ejército muertos en los choques, y el descubrimiento de zonas de adiestramiento militar de grupos indígenas. Mientras, Amnistía Internacional denunciaba los atropellos y violaciones de los derechos humanos cometidos por las tropas gubernamentales.

Sin embargo, el Gobierno negó la existencia de cualquier grupo armado en la zona. ¿Por qué? Porque Salinas de Gortari intentaba por todos los medios evitar que los senadores norteamericanos opuestos al NAFTA utilizaran esa situación para demostrar la fragilidad política y económica de uno de los tres socios, con semejante explosividad social interna contenida. Y Salinas de Gortari lo logró. Logró que no se obstaculizara aún más la ya de por sí polémica votación de los representantes estadounidenses y llegó incluso hasta los albores del 1 de enero manteniendo su imagen de reformista y “primermundista”. Su peculiar política exterior –precursora del Grupo Contadora; de las negociaciones entre la guerrilla del FMLN y el Gobierno salvadoreño, e incluso estos días entre la URNG (guerrilla guatemalteca) y el Gobierno– favorecía esa imagen de régimen progresista. Pero la situación no pudo ser contenida más tiempo y el 1 de enero estalló la rebelión.

Ni la ONU ni la Unión Europea se dignaron a emitir comunicado alguno interesándose por la situación, ni pidieron aclaraciones.

Las reacciones que la revuelta despertó han dejado claro –una vez más– en qué consiste el nuevo orden mundial. Mientras organizaciones humanitarias y sindicales, movimientos sociales, sectores progresistas de la Iglesia y de los medios de comunicación de todo el mundo denunciaban la brutal represión gubernamental que sucedió a la rebelión, las grandes potencias mundiales miraban para otro lado. Ni la ONU ni la Unión Europea se dignaron emitir comunicado alguno interesándose por la situación, ni pidieron aclaraciones a Salinas de Gortari por la matanza que a todas luces se estaba produciendo, de magnitud sólo comparable a la de Tlatelolco de 1968. El Presidente español se limitó a declarar, una semana después de la insurrección, que no tenía “una postura formada” sobre el tema, aunque eso no fue obstáculo para que dijera que “los guerrilleros deberían haber oído las propuestas de diálogo del Gobierno”, a saber, que entregaran las armas antes de cualquier conversación.

Pero Salinas de Gortari demostró tener más habilidad para manejar la situación que la que reflejó Felipe González con su exabrupto. El Presidente mexicano decidió cambiar de táctica una vez constató, tras varios días de bombardeos contra las posiciones zapatistas y la población civil de pueblos sospechosos de protegerles, que la represión sólo endurecería más la resistencia indígena-campesina, con riesgo de extenderse a otras zonas del país que, como el estado de Guerrero, tuvieron durante años la guerrilla de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, vinculada al Partido de los Pobres.

Estaba en juego no sólo el propio NAFTA sino también la imagen del presidente de político reformista y la de su partido, el PRI, en un año de cruciales elecciones generales.

Por ello –y sin duda, aconsejado también por sus amigos de la Casa Blanca, el Pentágono o la CIA (no siempre coincidentes entre sí)– cambió de un día para otro de discurso, aceptó, al menos de palabra, todas las exigencias hechas por el EZLN para negociar, y llegó incluso a golpearse el pecho durante su visita a Chiapas, en la que prometió atender las necesidades de los indígenas.

Los muertos de siempre

Los hombres y mujeres chiapanecos sublevados, muchos de ellos aún menores de edad, que se autodenominan “los muertos de siempre, muriendo otra vez, pero ahora para vivir”, posiblemente no estén mucho más definidos ideológicamente que lo que estuvieron Emiliano Zapata, Pancho Villa, Hidalgo, Morelos, Guerrero o Mina, pero sin duda su lucha, sus objetivos, son igualmente auténticos y tan dramáticamente genuinos. Al igual que la insurrección de Zapata de 1909 contra el entonces Presidente Porfirio Díaz, esta fue motivada por la miserable situación de explotación y marginación a que se ve sometido el campesinado indígena. El levantamiento de enero, a las puertas del siglo XXI, habrá sonado para muchos como desfasado; para otros como inútil o utópico. Pero todavía no está todo dicho en esta historia.

Por el momento, Salinas de Gortari se vio obligado a reconocer al EZLN como fuerza beligerante; a aceptar al obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, perseguido por el Vaticano por su adscripción a la Teología de la

Liberación, como mediador con los rebeldes; a amnistiar a todos los alzados en armas; a liberar a miles de presos; a retirar de su cargo al odiado ministro de Gobernación, Patrocinio González Garrido; a aceptar liberar a los prisioneros zapatistas a cambio del ex gobernador de Chiapas Absalón Castellanos Domínguez; a destinar un presupuesto especial para solucionar las demandas económicas más urgentes para la región.

Todo ello hubiera sido impensable poco tiempo atrás.

No sólo los postergados movimientos indígenas de toda América Latina seguirán de cerca la evolución de este pulso entre los rebeldes zapatistas y el Gobierno de Salinas de Gortari. También lo harán todos los movimientos de liberación del subcontinente y del Tercer Mundo en general, ya que su resultado servirá para avivar la llama de la esperanza de sus respectivas batallas, o para apagarla. Chiapas es más que el grito del México profundo. Ha pasado a ser el espejo en el que muchas luchas podrán mirarse.